

LA ONDINA DEL PLATA

PUBLICACION LITERARIA

DIRECCION Y ADMINISTRACION

En su Imp.—Santiago del Estero 176.

DIRIGIDA POR

LUIS TELMO PINTOS

APARECE LOS DOMINGOS

Precio de la suscripcion, 10 \$ al mes.

SUMARIO

Estudios morales: La mujer (conclusion)—Al poeta enfermo Gervasio Mendez (poesia), por Constantino Becchi—En familia: Recuerdos, Los niños, por Gustavo Diaz—Alburada (poesia), por Salvador Mario—A mi esposo ausente (poesia), por Amelia Solar de Claro—Madama Stéel, por Raymunda Torres y Quiroga—A una nube (poesia), por ***—A Ameli (poesia), por Benjamina del S...—El espejo (traducida del frances), por Alfonso Daudet—La Redencion del Paraguay (poesia), por Ricardo Gutierrez—Ecos de La Ondina, por Adelfa—Rimas, por Luis F. Deus—Revista General.

LA MUJER

ESTUDIOS MORALES

III

CONCLUSION—¿Corresponden á la mujer derechos políticos?
—Respuesta á esta pregunta—Reconocemos un principio; pero postergamos su realizacion—Opinion y argumentos de Stuart Mill y Laboulaye.

Séñase, ante todo, que no pertenecemos á la clase de los que proclaman, como regla absoluta, la aplicacion inmediata y completa de todo derecho legitimo—creemos, por el contrario, que nada exige una realizacion mas mesurada y progresiva.

LEGUEU.

Esta cuestion aparentemente chusca, ha sido examinada por un hombre—Stuart Mill—que lo mismo que yo, no teme afirmar la verdad, á trueque de incurrir en lo que cierta buena gente llama el ridículo, y que yo denomino un honor.

LABOULAYE.

Vamos á continuar y concluir tambien esta serie de artículos, que habiamos interrumpido muy á pesar nuestro. Despues de haber dejado establecido, con ayuda de escritores de nota, el incontestable derecho que asiste á la mujer para ilustrar su espíritu y dedicarse á las pro-

piones liberales; nada mas tendriamos que decir, si no se solicitara nuestra opinion acerca de una cuestion, que á la verdad no ofrece por el momento interes práctico sino puramente filosófico.

Se nos pregunta ¿corresponden á la mujer derechos políticos?.....

Si no fuéramos de la Justicia un apostolado, si no le tributáramos un culto apasionado, quizá contestáramos negativamente; pero, pudiendo como pedimos, nuestras inspiraciones á la ciencia, levantando nuestro espíritu hasta Dios, fuente de toda verdad y todo derecho, no vacilamos en decir: le corresponden.

Ya lo hemos dicho: no nos preocupamos de cómo piensa la generalidad de los hombres. Mas de una vez, al replejar nuestra alma en sí misma, hemos podido comprender que las nuevas ideas suelen chocar á las creencias que se recibieron con el primer soplo de vida. Recordamos habernos detenido al borde de ese abismo que se llama pasado; haber visto relampaguear en su fondo mas de una idea luminosa, mas de un pensamiento sublime, que han sido envueltos luego por sombrías nebulosas. Pero como su reino es este mundo, la luz ha conseguido siempre abrirse camino por entre brumas, por entre nubes. No ha habido idea, que en un principio, no haya merecido el desden y el desprecio. La República, esa hermosa planta que solo ha podido aclimatarse bajo el cielo americano, fué objeto—y aun lo es allá, en aquella tierra donde cada hombre lleva sobre su faz la marca del servilismo político—fué objeto, decimos, de impugnaciones y diatribas; y sin embargo, la República es la forma mas perfecta de gobierno, el ideal que han venido persiguiendo los pueblos al ir ascendiendo las gradas de los tiempos. Aun cuando nos encontráramos solos en la lid, aun cuando el lábaro que representa la Nueva Idea no hubiera otras manos que le sostuvieran que las nuestras, no por eso

abandonaríamos la lucha ni daríamos un paso hacia atrás. Nosotros vivimos en el porvenir: para él trabajamos.

Esto último hará comprender la oportunidad del pensamiento de Ernesto Legouvé que colocamos al frente de este escrito: las reformas no deben ser violentas, no deben apresurar el natural desenvolvimiento de los sucesos.

Apresurémonos á reconocer los derechos políticos que corresponden á la mujer; pero abstenámonos de pedir le sean reconocidos por la ley, hasta que ella haya empapado su alma en ese perfumado bálsamo que Minerva ofrece á todos los mortales. Mientras no se instruya, mientras por sí misma no se dé cuenta de su misión en la tierra, mientras se sienta débil de espíritu é incapaz de dirigirse; fuera temerario, de malos resultados, aunque no injusto, el darle esa participación activa en los negocios públicos que ya solicita la mujer yankee. ¿De qué serviría la libertad al prisionero que ha permanecido ahorrado largo tiempo, si sus pies han sido paralizados por la tortura?

Pero observamos que aun no nos hemos detenido á hacer el análisis de la cuestión materia de este capítulo. Conceptuándola de importancia, por cuanto entraña la proclamación de un principio, pediremos principalmente argumentos á los pensadores que han dedicado toda una vida de labor á estudiar el organismo social y las relaciones del individuo y el Estado. Son los constitucionalistas los que han de hacer inclinar la balanza, ya á un lado, ya á otro, y no los novelistas y autores de romances.

Stuart Mill, el mas notable de los constitucionalistas ingleses y uno de los ingenios mas avanzados de nuestros dias, ha dicho algo que no admite réplica. «Si existe, dice, igualdad, identidad perfecta entre la mujer y el hombre; si no hay entre ellos, otra diferencia, si no tiene el hombre otra superioridad que la mayor robustez de las fuerzas físicas, superioridad que aun ella misma á su vez no es quizas mas que artificial y ficticia, puesto que desaparecería tal vez con una educacion adecuada, si las facultades, la misión, los destinos de ambos son idénticos, ¿en qué se funda esa monstruosa desigualdad de derechos que entre

uno y otro habeis establecido en el órden político y en el órden civil? ¿Por que teneis sentado el principio de la inferioridad de la mujer? Dad á la mujer voto en los sufragios, voz en las asambleas; abridle los horizontes de las ciencias, de las artes, que pueda aspirar á todas las glorias de los trabajos del hombre, y vereis como es vuestra compañera, tal vez vuestro guía en el camino del progreso»

Estas reflexiones están consignadas en el meditado libro que sobre la *sujección de las mujeres* (1) escribió el publicista británico. En otra de sus notables obras ha dicho: «Los hombres á la par que las mujeres, no necesitan los derechos políticos para tomar parte en el gobierno, sino para no ser mal gobernados. La mayoría del sexo viril se compone de gente que durante su vida será obrera, sea en la campaña, ó en las fábricas: no por eso el derecho de votar es menos justo, y menos deseado por ella, con tal que no abuse de su ejercicio».

«Nadie pretende sostener que las mujeres habrán de hacer necesariamente mal uso de su derecho; lo peor que puede suceder, es que voten ciegamente influenciadas por hombres. Sea: si son indiferentes á sus propios intereses, no hay en ello ningún mal. Al fin es cosa excelente en todo tiempo quitar las cadenas al cautivo, aunque este no quiera usar de su libertad. Sería ya una gran mejora, en la situación moral de la mujer, derogar la incapacidad legal que tiene para opinar y sentir respecto á los grandes intereses de la humanidad» (2).

Otro escritor, Mr. Eduardo Laboulaye (3), dice: «¿Qué objeción hacer contra el derecho electoral de la mujer? El hombre es libre, es propietario, tiene derechos; ¿acaso la mujer no es tambien libre, propietaria y con derechos? El ciudadano es inteligente y moral, ¿y la mujer no es una y otra cosa? Pero se dirá, la mujer está representada por su marido? Si, cuando es casada, pero y si ¿es soltera ó viuda? En la edad media, nadie se escandalizaba por dar á las mujeres derechos políticos, y la Inglaterra conserva vestigios de esas costumbres. El actual soberano es una

(1) *Assujettissement des femmes.*

(2) *El Gobierno Representativo.*

(3) *Cours de Legislation comparée.* T. II. Lección XVI.

mujer, y uno de los mejores reyes que ha tenido la Inglaterra.»

«Es una petición de principio pretender que la mujer es un menor perpetuo políticamente considerada. ¿Porqué es menor? es precisamente lo que se desea saber. ¿Será por incapacidad para ocuparse de sus negocios? ¿Estraña cosa por cierto sostener semejante tesis, cuando vemos á las propietarias rurales, viudas muchas de ellas, gobernando á quince ó veinte peones y dirigiendo todas las faenas! ¿Pues bien! el día de las votaciones, el pastor que lleva á pastar las ovejas votará; su patrona... no. ¿Porqué? ...será porque no tiene barbas, no veo otra razón» (1).

AL POETA ENFERMO

GERVASIO MENDEZ.

Dulces como el perfume de las flores,
Leves como el murmurio de las auras,
Tiernos como el adiós del peregrino,
Tristes como la última plegaria;

Todo consuelo,

Todo esperanza,

Los cantos son que tu inspirada lira
A tu martirio y tu dolor arranca.

Hay en ellos rumores de tormentas
Y effluvis de risueñas alboradas:

Cadencias de celestes armonías
Y acentos del ay! de la desgracia;

Mas de blasfemia

Ni una palabra,

En esas notas en que tu alma vierte
De inmensa fé la convicción sagrada.

Cantas como el alado prisionero,
Que, al recordar los campos de su patria,
Sin maldecir la mano que le tiene
La inapreciable libertad robada,

(1) Aquí ponemos punto final, por que de no seria estenderlos demasiado. Los que deseen penetrarse mas de la cuestion, pueden consultar con provecho las siguientes obras: Polletan, *La Mere* [cap. XXXVI]; Legouvé, *Historia moral de las mujeres* [Libro V. cap. V.]; Büchner, *El hombre según la ciencia* [cap. La mujer]; F. Gonzalez, *Lecciones de Derecho Constitucional* [Leccion XIII]. Véase tambien nuestro artículo *La mujer y el Estado* (Número 17: Tomo I.)

La blanda queja

Al aire exhala;

Reclamo tierno de su bien perdido,
Lamento triste de su suerte infausta.

Héroe de sublime sacrificio,
Soportas del destino la cruel saña,
Acallando con dulces melodías
Los ayes que el pecho te desgarran;

Como el amante

La voz acalla,

Que los recuerdos de su amor perdido,
Ay! en su seno con crueldad levantan.

Cuando aquel nido en que tranquilo viste
Correr las horas de la bella infancia,
Recuerdas ay! con el dolor inmenso
Del que echa menos su ilusión mas grata,

Hay en tu acento

Esa nostalgia

Que en un sudario al corazón envuelve,
Que arroja al fondo de una tumba al alma!

No parece que lloras cuando cuentas
Que entre un bosque de acacias perfumadas,
La mansion de tus intimas delicias
Yace como paloma solitaria;

Que el monstruo fiero

De la desgracia,

Te arrebató á su cielo trasparente
De su furor sacrificado en aras.

Todo fé y religion habla en tus versos.
De leve tul su candidez velada,
Semeja en la hora que á rezar convida,
Entre las sombras, azucena, tu alma.

Tiene el perfume,

Tiene la magia,

De aquel instante en que oración sublime
De entre las flores al empuje se alza.

Poeta de los dulces sentimientos...
Si enemiga la suerte te arrebató

La libertad preciosa de tu cuerpo,
No sucede lo mismo con tu alma.

Ella recorre

Tranquila, plácida,

Las serenas regiones del espíritu
Entre nubes de incienso perfumadas.

Y son las notas con que el aire llenas
Murmurios tiernos del raudal que marea
De las mas dulces armonías, tu pecho,
Sagrada pira de tu fé entusiasta;

Son el rocío
De la mañana,
Que vivifica el cáliz de las flores
Y en esencias suavisimas se exhala.
Que de la luz que irradia el sacro númer
Que sublimes cadencias presta á tu arpa,
No se extinga el destello que ilumina
Al astro de tu vida infortunada!
Sufrá tu cuerpo
Mas cante tu alma
Que es tu cantar la copa del consuelo
Que reanima las almas desgraciadas!.....
Que la brisa que trajo tus acentos
Impregnados de aromas de esperanza
Como nube de esencias desprendida
De la virgen floresta Americana;
Te lleve el eco
De un alma grata,
A través de los tules de rocío
Que ligan á mi patria con tu patria!.....

CONSTANTINO BECCHI.

Montevideo, Noviembre 27 de 1876.

EN FAMILIA

IV.

RECUERDOS



LOS NIÑOS

Cubrios de hermosas hojas verdes, sombrías y pacíficas calles de árboles; penetren los rayos del sol por entre las ramas, y vosotros, alegres paseantes, desocupados contemplativos, mamás de lindos trajes, robustas nodrizas, niños bulliciosos, tomad posesion de vuestro reino: este paseo os pertenece.

Hoy es Domingo. ¡Fiesta y alegría! El bollero instala su mesa, donde sobre un mantel blanco hay montañas de bollos y pasteles.

La alquiladora de sillas se ha puesto su delantal nuevo; el guarda ha ceñido su inofensivo sable, y el cosinorama está pronto á mostrar sus maravillas.

Así lo quiere el Domingo.

¡Desgraciados de aquellos en quienes los árboles del Luxemburgo no despierten alguno de esos recuerdos que quedan en el corazón del hombre, como en el vaso su primer perfume!

Debajo de estos árboles fui yo general; general engalanado como un vendedor de agua de Colonia y armado hasta los dientes. Allí mandaba desde el puesto del bollero hasta el kiosco de los periódicos; mi autoridad se extendía algunas veces hasta el estanque, aunque los cisnes blancos me daban un poco de miedo. Emboscadas detras de los troncos de los árboles, puestos avanzados detras de las nodrizas, sorpresas, combates al arma blanca, combates al hacha, ataque de tiradores, polvo, lucha, matanza... y ni una gota de sangre. Despues de lo cual, mamá nos limpiaba la frente, arreglaba nuestros cabellos despeinados, y ponía fin á la batalla, con la que soñábamos por la noche.

Ahora, cuando atravieso este jardin y paso por entre el ejército de niños y niñeras, apoyándome en mi baston y arrastrando las piernas, echo de ménos mi sombrero de general, mi plumero de papel, mi sable de madera y mi pistola de resorte, porque mi pistola tiraba.

A esto debí mis rápidos ascensos.

Hablad, niñeras, con el cabo ó el soldado: bordad tranquilas, madres jóvenes, criticando los trajes de las que pasan; y vosotros, vagos pensadores, contemplad ese cuadro encantador. Son los niños, que construyen un jardin.

¡Jugar con la arena! Juego tan antiguo como el mundo, y siempre divertido! Las montañas se allanan, pequeñas ramitas clavadas sobre la colina imitan las calles de los parques ingleses, y el niño pone en ellas sus piés poco seguros. ¿Qué no daría ese hombrecito por completar su obra haciendo un estanque en el jardin? ¡Un estanque, un charco, tres gotas de agua!

Más allá la tierra está húmeda y los deditos hacen un túnel en la montaña, que resiste. Trabajo de gigante que destruirá en seguida la bota de cualquier transeunte. ¿Quién respeta la montaña de un niño? Pero el picaruelo se venga. Ved, si no, aquel señor de gaban marron que sentado en un banco lee gravemente la *Revista de Ambos Mundos*; los peque-

ños obreros han acumulado en torno suyo montones de arena y de polvo; los faldones de su gabán ya no tienen color.

Pero dejemos pasar este tiro que avanza con estrépito. Cuatro caballos, dos cintas, y un quinto caballo que hace de cochero. Sólo con esto se cree uno en silla de posta. ¡Qué de países se han visto cuando llega la noche!

Hay cocheros que prefieren ser caballos, y caballos que desean ser cocheros: primer síntoma de ambición.

¡Y el niño solitario que arrastra lentamente su ómnibus alrededor del bollerío, devorando el puesto con los ojos? Consumidor infatigable, pero mala paga.

Mirad allá abajo ese grupo de nodrizas, y á sus piés, jugando en el suelo, todos esos filósofos infantiles que no piden á Dios más que paz, leche y un rayo de sol para ser felices. A menudo ocurre un accidente, que turba su calma deliciosa. La nodriza, que lo sospecha, se lanza... Pero es tarde.

«No se detiene el curso de los ríos,» dice Giboyer.

Algunas veces el desastre es más grave, se remedia como se puede, pero el filósofo, á quien gustan esos desastres, se subleva y se propone repetirlo.

Este pequeño mundo es delicioso: se ama á los niños, pero este amor á la especie en general se hace mucho más dulce cuando ya no trata uno *del* niño si no de *su* niño.

Los célibes pueden no leer lo que sigue; deseo hablar en familia. Las gentes del oficio se entienden mejor.

Yo soy padre, lectora mía, pero he sido *papá*, y como siempre, *papá* de un niño encantador. De su gorrita se escapaba un mechón rubio y rizado que me hacía feliz, y cuando yo le hacía cosquillas se reía enseñándome dos filas de perlas y cogiéndome la cabeza con las manos.

Su primer diente fué un acontecimiento. Nos poníamos á la luz para ver mejor, y mis padres fijaban sus anteojos en aquel punto blanco; y yo, con el cuello estirado, demostraba, explicaba, probaba. Luego fui á la bodega á buscar una botella de lo añejo.

¡El diente de mi hijo! Durante la comida se

habló de su carrera, y á los postres la abuela cantó una canción.

Después de este diente vinieron otros y con ellos lágrimas y dolores; pero también cuando se encontró bien armado, ¡qué bien mordía el pan y cómo atacaba vigorosamente la chuleta para hacer *tomo papá*!

¡*Tomo papá!*... ¡Recordais cómo llegan al corazón estas dos palabras?

Mi gran dicha—¿es también la vuestra?—era asistir al despertar de mi hijo. Ya sabía la hora. Apartaba un poco la colgadura de su cama y esperaba mirándole.

Casi siempre le encontraba extendido en diagonal, perdido en el caos de sábanas y colchas, con las piernas al aire y los brazos cruzados sobre la cabeza; algunas veces su mano cerrada sujetaba aún el juguete con que se había dormido, y de su boca entreabierta se escapaba el murmullo regular de su tranquila respiración. El calor de la cama teñía de carmín sus mejillas. Su piel estaba tibia y la transpiración de la noche hacía brillar en su frente perlitás imperceptibles.

Pronto su mano hacía un movimiento, su pié rechazaba la ropa, todo su cuerpo se movía, se frotaba los ojos, y luego su mirada se fijaba en mí.

Me sonreía y murmuraba á media voz.

—¡*Buenos días, papá!*!

—Buenos días, hijo mío. ¿Has dormido bien?

Y en seguida nos abrazamos como dos buenos amigos.

Entonces empezaba la conversación. El hablaba como cantan las alondras al sol de la mañana. Eran historias interminables.

Me contaba sus sueños, pidiéndome al acabar cada frase, su *punecito con mucha manteca dentro*. ¡Y qué alegría, cuando llegaba el pan caliente y apetitoso!

Otras veces venía á sorprenderme á mi cama; yo me hacía el dormido y él me tiraba del bigote y me gritaba al oído. Yo fingía un gran miedo y juraba vengarme. De aquí combates en el edredón, atrincheramientos detrás de la almohada, etcétera. En señal de victoria yo le mordía, y él dejaba escapar esa risa franca y espontánea de los niños felices. Escondía la cabeza entre los hombros como una tortuga que se mete en su concha, y me amenazaba

con su pié sonrosado. La piel de su talón era tan fina, que la megilla de una muchacha hubiera querido tenerla. ¡Cuántos besos he dado en aquellos piés cuando por la noche calentaba al fuego su camisa de dormir!

Me habían prohibido desnudarle, á pretexto de que complicaba los nudos en lugar de deshacerlos.

Todo aquello era delicioso; pero cuando era necesario contener sus demasías, bajaba lentamente las pupilas, se hinchaban sus narices, temblaban sus labios y trataba de retener en sus ojos una lágrima gorda y brillante.

¡Qué valor se necesita para no calmar con un beso aquella tempestad que va á estallar, para no consolar aquel corazoncito afligido, para no secar aquella lágrima que se desborda y va á convertirse en torrente!

¡La expresion de un niño es entónces tan conmovedora, hay tanto dolor en una lágrima que rueda lentamente, en su rostro contraído, en su pecho agitado!...

Todo esto está muy lejos...

El tiempo ha pasado sin borrar estos recuerdos queridos, y ahora que mi hijo tiene treinta años y grandes bigotes, cuando me tiende la mano y me dice con su voz de bajo cantante: «¡Buenos días, padre mío!» me parece que el eco repite á lo lejos estas palabras de ántes: «¡Buenos días, papaito!»

GUSTAVO DROZ.

(Continuará).

ALBORADA

El tibio resplandor de un sol oculto
Tiñe de rosa las celestes sábanas,
Donde arde aún la esplendorosa Vénus
Como promesa á las nocturnas hadas.

La brisa en el silencio de las selvas
Suspira idilios de frescura blanda;
Se estremecen los árboles frondosos
Y caen al suelo cristalinas lágrimas.

Blancas palomas, con brillante vuelo,
Hunden los aires en gentil bandada;
¡Talvez son los ensueños del poeta
Que huyen á refugiarse en otras almas!

Encrespa el río sus dormidas olas
Y en el idioma de los mares habla;
Himnos gigantes á lo lejos se oyen...
Ah! son los himnos que los bosques cantan!

El inmenso y magnífico incensario
Del áureo altar de mi risueña pátria
Incienso de jazmines y violetas
Suspende en los festones de unas álas...

¡¡ Hermosa, divinal naturaleza,
Revestida de cielo en la mañana,
Arroja sobre el sueño de mi vida
Tu bendicion en nardos perfumada!!

SALVADOR MÁRIO.

Buenos Aires, 1876.

A MI ESPOSO AUSENTE

LLEVA MI SUSPIRO!...

¡Oh! lleva mi suspiro,
Brisa suave,
Allí, do al contemplarle,
Mi mal se calma!
Allí donde le miro—
Risueño ó grave—
¡Encanto de mi vida!
¡Dueño de mi alma!

¡Oh! llévale el sollozo
De mi tristeza
En tus fugaces álas
Lánguida brisa!
¡Llega!... del mas hermoso
La frente besa,
Y pagará tu halago
Con su sonrisa!

Tú, á quien tierna confío
Mi amor ardiente;
Tú, que mi faz bañada
Viste, del lloro,

Si ves del amor mío
 Mustia la frente,
 ¡Dile para consuelo
 Que yo le adoro!

AMELIA SOLAR DE CLARO.

Santiago de Chile, 1874.

MADAMA STAEL

I

En los grandes acontecimientos sociales siempre figura una mujer.

¿Que misterio encierra esto?—no lo sabemos; pero lo que si podemos decir es que su influencia se ha hecho sentir en toda la graduación de la esfera social, en todos los tiempos, y que no hay un pueblo que no tenga su Juana de Arco. ¡Que mas! si nosotros americanos que recién figuramos en el mapa de las Naciones hemos tenido nuestras heroínas!.....

El décimo octavo siglo habia sido bruscamente interrumpido por una catástrofe que habia hecho temblar la Europa entera. La emigración y el cadalso habia hecho huir á los hombres mas compuestos lejos de su patria y habia disminuido las inteligencias.

Chaufort y Condorcet, se habian dado la muerte. Mirabeau habia muerto desesperado, y el abate Rainal se habia sepultado en su casa de Rouvray arrepentido y sin esperanzas.

II

La naturaleza que habia producido tanto hombre célebre para la revolución estaba como asustada de su propia obra. Bonaparte que aspiraba á la tiranía universal y cuyo sueño dorado era dividir el mundo en dos imperios, y que aborrecia al pensamiento, se habia aprovechado de este agotamiento, de esta laxitud del espíritu para cohartar toda literatura naciente. El favorecía cuando mas esa literatura fútil, ligera, *chacucana* que tanto gusta al vulgo, argun expresión de la infortunada Maria Antonieta, y prohibia toda aquella que podia hacer conocer á ese mismo vulgo sus

derechos. Las ciencias matemáticas eran su delicia, porque estas cuentan pero no piensan.

III

Madama Staël, la hija del célebre ministro de Luis XVI, Mr. Necker, habia respirado—si permitido nos es expresarnos así—la revolución en la cuna. Republicana de imaginación—aunque aristócrata por costumbre—habia en ella algo de Rousseau y de Danton. Su elocuencia encantaba á sus amigas: de mas talento que su rival Madama Roland era el Voltaire de su siglo, pero con las pasiones de mujer. Napoleón la habia juzgado mas peligrosa que el mismo Lafayette y la habia obligado á salir de Paris. Desde su casa á orillas del lago de Ginebra ella soplabá la insurrección de los pueblos, y con la elocuencia de sus discursos convertía á los viejos republicanos, á los jóvenes liberales y á las almas indecisas.

No obstante la persecución de que era objeto por parte de Bonaparte, le quedaron fieles amigos; entre ellos Matien de Montmorency, los filósofos alemanes y los poetas de Italia que admiraban su talento extraordinario.

IV.

Apenas el Imperio fué destruido, ella apareció triunfante, cual otro Atila, sobre las ruinas de su encarnizado enemigo. ¡Estoy vengada! fué la frase que pronunció al volver de su destierro.

¿Que mas podia aspirar? En la mitad de la vida rejuvenecida por la savia del amor materno, y cuando se disponía á publicar sus *Diez años de destierro* y sus *Consideraciones sobre la revolución* la inexorable parca de la muerte cortó el hilo de su existencia, siendo sentida del mundo entero y dejando en el corazón de sus amigos un vacío eterno!

Ella fué el Juan Jacobo de su siglo, pero mas sensato, mas tierno; fué el *hombre femenino* y la mas viril y célebre escritora de su tiempo!

¡Su nombre lo conservará eternamente la historia!

RAYMONDA TORRES Y QUIROGA.

Buenos Aires, Diciembre de 1874.

A UNA NUBE

(Traducción libre del Portugues)

—
 ¡Oh! linda nube que cruzas
 Por la bóveda azulada
 ¿Dónde vas? ¿de dónde vienes
 Di nubecilla plateada?

Vas por las celestes sábanas
 Diversas formas tomando;
 Ora semejas un buque
 Que querubas va llevando,—

Ora un cestillo pareces
 Do las estrellas son flores;
 Ora un bellissimo templo
 Adornado de esplendores.

¿Dónde vas blanca viajera
 Del espacio peregrino?
 ¿Ignoras, como yo ignoro
 Lo que me guarda el destino?....

Mas tu cruzas por el cielo
 Sobre el mundo levantada;
 Eres mas feliz, oh nube,
 Linda nube plateada.

Buenos Aires, 1876

A AMALIA

(Remitiéndole las poesías de Gervasio Mendes).

—
 Si al leer estas tristes estrofas,
 Conmovida derramas una lágrima,—
 La mas pura expresion del sentimiento,—
 Será para el poeta una guirnalda.

—
 En este libro encontrarás, Amalia,
 Un poema de lágrimas sublimes:
 Hay algo *extra-terrestre* en estas páginas,
 Hay algo celestial . . . indefinible.

Son los cantos de una alma dolorida
 Que combate implacable el infortunio;
 Mas tristes que los últimos reflejos
 Del sol en el ocaso moribundo.

Son como los pálidos fulgores
 Que la luna melancólica derrama,
 En el silencio de la noche triste
 Sobre la tumba muda, abandonada.

Es la historia de un joven desgraciado,
 Escrita con las lágrimas del alma.
 «No la leas al sol del medio día,
 «Sino á los rayos de la luna pálida.»

Después de leer estas páginas, Amalia
 Eleva tu plegaria hasta los Cielos,
 Y pide un rayo de piedad divina
 Que el dolor calme del poeta enfermo!

BENJAMINA DEL S. . .

Buenos Aires.

EL ESPEJO

(Traducido del frances)

—
 Al Norte, en las orillas del Niémen, ha llegado una pequeña criolla de quince años, blanca y rosada como una flor.

Viene del país de los colibrís y un viento de amor la conduce.

Los de su país le decían: «No partas, hace frío en el continente, y el invierno te matará.»

Pero la pequeña criolla no conocía el frío, sino por haber tomado helados, estaba enamorada y despreciaba la muerte.

Veía que llega y desembarca allá entre las brumas del Niémen con sus abanicos, y su hamaca, y sus mosquiteros y sus doradas jaulas, llenas de aves de la tierra natal.

Cuando el abuelo Norte vió llegar esa flor de las islas que el Mediodía le enviaba en uno de sus rayos, tuvo compasión de ella; y pensando que el frío acabaría pronto con la niña y los colibrís, encendió el buen viento su grueso ama-

rillo sol y púsose vestiduras de estío para recibirla.

Engañase la criolla con esta recepción: piensa que el brutal y pesado calor del Norte será duradero; que esta eterna negra verdura es la verdura primaveral; y suspendiendo su hamaca en el parque entre dos pinos, pasa los días abanicándose, balanceándose y cantando como un pajarillo.

«Pero... hace calor en el Norte,» dice ella riendo. Sin embargo, algo la inquieta. ¿Por qué en este raro país no tienen las casas azoteas? ¿Por qué estos muros, estos tapices? ¿Y esas grandes chimeneas, y esos montones de madera, y esos mantos dobles, y esas pieles que ve en el fondo de los armarios, para qué pueden servir? Pobre niña! Lo sabrá bien pronto.

Una mañana, al despertar, la pequeña criolla siente que algo glacial pasa por sus venas. Palidece y tiembla. El sol ha desaparecido; y desde un cielo cercano y negruzco, que parece envuelve la noche, caen copos de una espuma blanca, ... caen ... y siguen cayendo siempre lenta, silenciosamente.

El invierno! el invierno! Silvan los vientos, humean las chimeneas. En sus grandes jaulas doradas los colibrís no juegueteen ya. Sus alitas azules, rosadas, rubis ó verde mar, están inmóviles, y cosa lastimosa es ver á los pagariños estrecharse unos contra otros, paralizados por el frío sus picos y sus ojos de cabeza de alfiler. Allí, en el fondo del parque, la hamaca está llena de nieve, y los pinos extienden sobre ella sus brazos congelados. —

La criolla siente frío, mucho frío, y no quiere salir al campo. Hecha una pelotita cerca del fuego, á semejanza de sus colibrís, pasa el tiempo mirando la llama, y recordando el brillante sol de su país.

En la enorme chimenea, luminosa y ardiente, le parece ver el suelo natal: calles espaciosas alumbradas por magnífico sol, el azúcar de las cañas, los granos de maíz flotando entre un polvo dorado; luego, las siestas del Mediodía, las grandes ventanas, las moscas susurrantes y millones de alitas que voltejan entre las flores y en las cortinas de tul de los mosquiteros.

Y mientras ella sueña así frente al fuego, los días del invierno se suceden, siempre mas

cortos, siempre mas negros. Todas las mañanas se encuentra un colibrí muerto en la jaula: no quedan ya si no dos copos de plumas verdes que se erizan uno contra otro en un rincón.

Hoy la criolla no ha podido levantarse del lecho virginal. Como navecilla prisionera en los hielos del Polo, el frío la paraliza. sombrío es el tiempo, y la cámara en que ella habita tiene un aire de tristeza. El hielo ha cubierto los cristales con una espesa cortina seda mate. La ciudad parece muerta y en las calles silenciosas la máquina de vapor que recoge la nieve silva silenciosamente. Para distraerse, la criolla juega con su abanico esmaltado y se mira su faz en espejos encuadrados de grandes plumas indianas.

Siempre mas cortos, siempre mas triste los días del invierno... Entre sus cortinas de gasa, la pobre criolla languidece y se debilita por momentos. Entristécetele, sobre todo, no poder ver desde su lecho el fuego de la chimenea. Parécetele que ha perdido su patria una segunda vez. De tiempo en tiempo pregunta:

—Hay fuego?

—Si le responden. La chimenea está encendida. No escuchas el ruido de las llamas y es-tallar las ramas de pino?

—Oh! Veámoslo, veámoslo!

Mas aunque se inclina, la llama está lejana, es imposible verla, y esto la desespera...

Una tarde que estaba allí, pensativa y pálida, su cabeza al lado de la almohada y con los ojos siempre vueltos hacia esta llama invisible, acércase su amigo y tomando uno de los espejos que estaban sobre el lecho:

—Quiéres ver el fuego, mi amada? Espera... Y arrodillándose cerca de la chimenea hizo lo posible por enviarle con el espejo un reflejo de la llama mágica.

—Lo ves, lo ves?

—No, no veo aun.

—Ya?...

—No veo aun...

De repente, un torrente de luz ilumina su fisonomía moribunda.

—Oh! Lo ves! dice la criolla alegremente, y muere sonriendo... Había dos llamitas en el fondo de sus ojos.»

ALFONSO DAUDET.

LA REDENCION DEL PARAGUAY

Se estremece la tierra
donde abatió la frente el león Hispano,
donde se hundió el orgullo de Inglaterra
y el hijo del soberbio Lusitano!

Se estremece la tierra
donde brilló la espada de Belgrano!

La fuerza del destino,
Atila de la América, te lanza
sobre el suelo Argentino!...

La voz del Paraguay pide venganza,
y el pueblo justiciero
que hundió en sus montes su primer verdugo,
vuela á romper sobre tu frente el yugo,
de su opresor postrero!

Ah! por eso resuena
sobre la tierra clásica de Mayo
el golpe de tu planta, paraguay,
uncida al eslabon de tu cadena!

Hija infeliz de la Nacion que un día
alumbró sobre el mundo
de San Martín la formidable espada!...
patria despedazada

en noche de vergüenza y tiranía,
oh! temple un tanto tu dolor profundo!...
ya te escuchó la tierra
donde abatió su frente el león Hispano,
donde se hundió el orgullo de Inglaterra
y el hijo del soberbio Lusitano!

Ya te escuchó la tierra
de Alvear, de San Martín y de Belgrano!

Y tú, pueblo del Sol, patria sublime,
el estandarte de tus glorias bate,
sobre el escudo de tus padres toca
y de nuevo redime
á precio de tu sangre
al hermano que gime
atado á la cadena de una roca!

Tumba de tres coronas
que libertaste el mundo Americano!
levanta el himno que en la lid entonces
porque llama á su tumba otro tirano!

RICARDO CUTIERREZ.

Buenos Aires, 1865.

ECOS DE LA ONDINA

SUMARIO. — El tiempo vuela! — La vida es un sueño —
A otro asunto — En un salón — Conversaciones de actualidad — La política en las mujeres — Distintos pasatiempos — Progreso social — Cultivo de las letras y bellas artes — Futuras glorias para la patria — El concierto en la Ópera — Un acto de filantropía — Conclusion.

He aquí lectoras, á vuestra revistera pronta á emprender su charla, ya ha transcurrido un mes ¡Dios mío, como vuela el tiempo! No bien han asomado los primeros rayos de la alborada de nuestra existencia, cuando ya las sombras crepusculares, tienden su denso velo sobre ella.

«La vida es un sueño» han dicho. Y por ventura hay verdad mas grande, mas profunda?

Vivimos: ora arrullados en brazos de la felicidad mas inefable, ora entregados á la desesperacion, al cruento dolor. Las perspectivas que nos ofrece la vida en uno ú otro caso, son bien distintas; pero, llega á su ocaso esta, y la verdad desnuda de toda ficcion se nos presenta tal cual es: y vemos que dicha, dolor, todo ha sido un sueño.

Pero... dejad, tan serios pensamientos dirán mis simpáticas lectoras.

Está bien, pasemos á otro asunto.

Hallábame en la noche del Domingo de la semana pasada, en casa de la señora de X.

El elegante salón de recibí estaba iluminado con profusion: en un extremo de el, veíase un gran corro de hermosas niñas: ellas hablaban con gran calor de la revolucion, de Lopez Jordán, de Arredondo, de todos esos rumores que eran la órden del día: de pronto una preciosa niña enterriana se dirigió á mi diciéndome. —

—Que dice Vd. de la revolucion? la aprueba?

—Señorita, le contesté—no me hable Vd. de política, por que no hay cosa mas desagradable para mí que entre personas de nuestro sexo se traten de esas cuestiones tan enojosas, y que amas, hacen que en el fuego de una conversacion (por que al hablar de política se pierde toda calma) se escapen de los labios de una mujer, palabras inconvenientes y duras; cuando solo dulces palabras deben decir y tratar con su influencia de calmar los ánimos exaltados!

—Ah! exclamó—pero si no hablamos de ello ¿de qué tratar si es la conversacion de actualidad?

—De cualquier cosa, señorita: hay veo un piano, mas allá libros, no falta con que entretenerse: sino queremos música, busquemos quien nos recite unas poesías.

Deciais que no habia de que hablar? Y los conciertos casi diarios que tenemos, no es de actualidad, y llama poderosamente la atencion pública lo filarmónica que se halla nuestra sociedad?

Oh! nuestra sociedad adelanta con pasos de gigante, por la senda del progreso: la literatura florece llena de lozanía y su celeste y diáfano cielo, se ve ya tachonado de refulgentes astros, la poesia es cultivada por jóvenes tan inspiradas é inteligentes como Tórtola, Silvia Fernandez, Elisa Vilearza, Zulema, Una Oriental, Benjamina del S... y tantas otras que ocultan aun, humildes cual violeta, sus producciones.

El Progreso! esa áncora salvadora de los pueblos tiende sus benéficas álas sobre nuestro pais.

Si, progresamos: lo decimos llenas de un santo y legitimo orgullo: nuestras ideas son grandes y elevadas: de las retrógradas que nos legaran nuestros antepasados, solo se advierte una que otra llamita, que se asemeja á la última oscilacion con que se despide á la venida del dia, nuestra lamparilla de noche.

La música es igualmente cultivada con verdadero entusiasmo: vemos hasta niñitas que son apasionadísimas por ella.

En la pintura aun no tenemos un Rafael, un Murillo ó un Leonardo Vinci: ¡pero sabe Dios, si no está muy lejano el dia que le tengamos!

Jóvenes muy inteligentes, han marchado con el alma llena de inspiracion y esperanza, al hermoso y poético pais de Rafael, Dante y Bellini: á esa tierra clásica de la poesía y de la música, de la pintura y de la escultura; pais verdaderamente artístico por naturaleza; y alguno de esos jóvenes, como digo, ¿no puede ser la gloria de su patria?

Ellos han ido á beber, en las mismas fuentes que tuvieron aquellos hombres sublimes; allí, aplacaron ellos, la ardiente sed de gloria que los devoraba, dejando á la posteridad un nombre inmortal!

—Ya veis señoritas—dije á aquella bandada de mariposas que se habian agrupado cerca de mí—que hay, sobre que conversar y pasar

un rato agradable, sin tocar para nada á la política: esa quisquillosa amante de los hombres.

—Ya que V. nos abre la senda por donde hemos de seguir, en nuestras próximas veladas de invierno—me dijo la jóven, que me habia dirigido la palabra—tendrá la bondad ahora de decirnos algo sobre el concierto dado el Sábado en la Opera?

—Con placer lo haré, pues estuvo magnifico. Les aseguro, que aun conservo las mas gratas impresiones de él.

Lo que llamó singularmente la atencion, fué la simpática niña de Alvarez, qué á lo sumo contará once ó doce años

El ver como arranca armonias tan suaves de las copas, es verdaderamente admirable. La misma niña toca bastante bien el violin: desde ya le aseguramos un porvenir brillante.

La señorita de Fernandez Blanco, tocó el piano con una ejecución y gusto exquisito.

Dos monaditas eran las graciosas niñitas de Herrera: si me hubieran contado, como ejecutaron en el piano las piezas que les oí esa noche, hubiera creído una exajeracion; esas diminutas tocadoras de piano, encantan, son dignas de oirse.

En cuanto al señor Durañona, me agradó en extremo su bella voz de barítono, yo no lo habia oído, pero ahora juzgo bien merecidos los elogios que se le han hecho

Ahora lectoras, voy á daros á conocer un hecho digno de todo elogio y alabanza.

El dia 30 de Noviembre, dos ángeles, dos querubes, batian sus blancas álas y descendian entre auréolas á la humilde morada del poeta Mendez: eran portadores de una nueva prueba de la infinita misericordia de Dios... Dos encantadoras niñitas, llegaron hasta su lecho de dolor, enviadas por la Caridad, para derramar sus beneficios . . .

Por su conducto, una mano caritativa, remitió al pobre enfermo el importe de cien ejemplares del libro de sus poesías.

No creais lectoras que es persona de fortuna el padre de dichos niños, no, vive de su labor diaria: pero en ese dia, todos los años, hace una obra de misericordia como la que nos ocupa—promesa que viene cumpliendo con un celo verdaderamente cristiano.

Sé que estareis deseando saber el nombre

de dicho señor, en igual caso me encuentro yo: os he contado el cuento sin nombrar el santo; así lo han hecho conmigo. Paciencia! respetemos la modestia de esa alma tan noble, pues en ella se hallan personificadas todas las virtudes del alma humana!

ADELFA.

RIMAS

I.

Me heriste con puñal de doble filo,

La herida fué mortal;

E indiferente y fría me dejaste

En la herida el puñal.

Yo levanté la diestra hasta mi pecho

Y el puñal toqué allí.

«No lo saques» dijiste, y lo he dejado,

¿Que mas quieres de mí?

Y lo siento . . . lo siento, y me complazco

En tenerlo en la herida;

En su hoja, siento el frío de la muerte,

En su pomo, el aliento de la vida.

LUIS F. DEUS.

Chivilcoy, 1876.

REVISTA GENERAL

SUMARIO:—El concierto de la Sociedad del Cuarteto—Santa Felicitas—Rifa—Solucion—Composiciones dedicadas á Mendez.

En la noche del Jueves tuvo lugar el concierto de música clásica, dirigido por la Sociedad del Cuarteto.

Los artistas que en él tomaron parte, se han portado.

La concurrencia no fué tan numerosa, como la que ha asistido á otros conciertos en días anteriores.

La capilla de Santa Felicitas está atrayendo una concurrencia selecta y numerosa.

Varias señoritas de lo mas distinguido de nuestra sociedad, toman parte en las fiestas religiosas que allí se celebran.

El Domingo á la noche la señorita Olivero con una bella voz de soprano cantó el Ave Maria de Mercadante. Las señoritas de Guerrero, Olivero y Yaniz cantaron los coros.

La maestra señorita Maria Laganá ejecutó un trozo de Hernani con una sola mano.

Las señoritas Maria Luisa Serna y de Del Campo han tocado el piano varias noches.

La Sociedad «Damas de Caridad» ha puesto en práctica un nuevo medio para aumentar los fondos destinados á cumplir su cristiana y santa misión.

Ha abierto una rifa de variadas y lindas plantas en la calle de Victoria número 75, frente al Club del Progreso.

Solucion á la charada del Sr. M. N. U.

Lectora: por si lo ignoras, oye con atencion lo que en breves palabras nos refiere con gracia, el charadista de la bella «Ondina»

Dice: que en una tarde serena y apacible, se paseaba melancólico y pensativo, por un valle ameno y florido, gozando con delicia del céfiro perfumado: á corta distancia del sitio que habia elegido para su paseo, se dejaba ver una hermosa *tuna* (*segunda y tercera*) cuando con grata sorpresa, distinguió entre el ramaje de los árboles, á una hechicera niña que acompañada de su criada se dirigia lentamente, á la mencionada planta, sin duda con el objeto de cojer algunos de sus sabrosos frutos; pero al estender la mano para tomarlos, la retiró, vivamente exhalando un grito, como herido por algun áspid.

El jóven charadista, á fuer de galante, corre hacia la hechicera niña, y le pregunta con interes la causa de su dolor: ella con una sonrisa encantadora le dice que se habia hecho una *nana* (*tercera repetida*). Con ayuda de un afiler logra, el galante caballero, sacar la espina con que se habia herido la mano mas preciosa del universo.

Llegó el momento de separarse: ella se despidió dándole las gracias por la cura, y él . . . oh! dolor, aunque tarde, sintió que la espina sacada á la desconocida niña se le habia clavado en . . . el corazon: y sin embargo, por uno de esos fenómenos que se nos presentan á cada paso, él bendecía su FORTUNA por haberle depurado tan feliz encuentro.

LOLA LARROSA.

Diciembre 3 de 1876.

El periódico *El Quilmero* trae en la Gaceta de su último número, una solucion á la charada del Sr. M. N. U. No la transcribimos por estar equivocada.

En nuestro poder existen varias composiciones poeticas dedicadas al vate Mendez.

Como no es posible que aparezcan todas ellas en un solo número, pedimos á sus autores nos perdonen la demora que sufrirá su publicación.